

La mutilación genital persiste en el nuevo siglo como una práctica cruel, que afecta a millones de mujeres, comúnmente niñas y adolescentes, y que genera problemas de índole compleja y diversa en los entornos socioculturales que no participan de estos rituales. La creciente migración étnica de distintos países, particularmente, aunque no exclusivamente, del continente africano, en los que esta práctica se realiza, exige entre otras cosas que el ginecólogo tenga no sólo conocimiento de estas prácticas sino también de las complicaciones y las secuelas que conlleva.

Más allá de los aspectos estrictamente clínicos ginecológicos u obstétricos, la mutilación genital plantea en nuestro entorno una serie de problemas de orden ético, religioso, deontológico, jurídico y, no menos importante, de pura agresión a los derechos humanos.

Esta práctica tradicional, todavía profundamente arraigada, se ha afrontado a lo largo de las últimas décadas en diversos foros y organizaciones a escala internacional, desde la Organización Mundial de la Salud a las Naciones Unidas, y ha sido motivo de buen número de publicaciones. Parece, sin embargo, que el único camino para su progresiva erradicación es a través de cambios generacionales educativos y culturales, y puede hacerse efectivo tanto en las poblaciones migratorias como en las culturas de origen.

Una sustancial proporción de casos detectados en España podría haberse llevado a cabo en este país en el seno de determinadas comunidades y, por supuesto, dentro de la más absoluta clandestinidad e ilegalidad.

La dirección editorial de *PROGRESOS DE OBSTETRICIA Y GINECOLOGÍA*, consciente de su función informativa, ha considerado oportuno publicar en este número un artículo que nos ha sido remitido con el ánimo de proporcionar una información comprensiva, no siempre fácil de obtener por parte de los clínicos, de los aspectos más relevantes de este problema, que a buen seguro el médico tendrá que afrontar ocasionalmente.

Albert Fortuny
Dirección Editorial